

PRESENTACIÓN DE PREMIOS 2017 DE LA ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS AGRONÓMICAS POR SU VICEPRESIDENTE FELIPE DE SOLMINIHAC.

Distinguidos invitados a la Ceremonia de entrega de Premios 2017 de la Academia Chilena de Ciencias Agronómicas:

En mi calidad de Vicepresidente de la Academia Chilena de Ciencias Agronómicas me es muy grato presentar los dos premios que otorga nuestra academia:

El premio a la Trayectoria, que este año se entrega por primera vez y que distinguió al Doctor Juan Izquierdo Fernández a quien ustedes acaban de ver por video en su exposición en el Seminario. Lamentablemente no esta presente por encontrarse fuera del país por razones de trabajo.

Entonces de inmediato paso a presentar y hacer entrega de la distinción máxima que tiene nuestra institución para aquellos miembros que como académicos y dirigentes de ella hayan cumplido una labor sobresaliente, permitiendo el desarrollo de la academia y dándole así la relevancia que ella ha alcanzado en la sociedad actual. Esta distinción lleva por nombre Premio Academia, es a la persona, es muy selectivo, en los casi 10 años de existencia de la academia se ha otorgado en solo dos ocasiones a los académicos Ruy Barbosa Popolizzio y Alejandro Violic Martinovic.



En esta oportunidad el Premio Academia 2017 distingue al académico profesor Nicolò Gligo Viel para quien desde ya pido un gran aplauso.

Haré una breve reseña de su biografía, digo esto, porque la mayoría de ustedes conoce a Nicolás en su extensa trayectoria universitaria y pública.

Nicolò Gligo nace en esta tierra Magallánica en la víspera de nuestras fiestas patrias. Es casado con la Ingeniero Agrónomo Gloria Saenz Rodriguez quien nos acompaña y saludo con mucho aprecio y respeto. Tienen dos hijos Nicolás y Paolo.

Realizó sus estudios universitarios en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile donde obtuvo el título de Ingeniero Agrónomo en 1962.

Realizó estudios de post grado en Italia en la Facoltà Agraria e Forestale de la Universidad de Florencia, estudios dirigidos al desarrollo agrícola y a zootecnia con especial mención en genética animal.

Su carrera profesional comienza en el sector público en el año 1965 como Director Zonal del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) en la región de Magallanes para luego ejercer la gerencia general en los años 1968 y 69.

Más tarde en 1971 recibe la responsabilidad de conducir la Dirección Ejecutiva del Instituto de Investigación de Recursos Naturales (IREN CORFO).

A partir de allí tiene una prolongada actividad académica a nivel de pregrado y de postgrado en distintas universidades. Fue profesor e investigador de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile, en una primera etapa relacionado con las ciencias exactas y en una segunda etapa orientado al desarrollo económico, hasta explorar temas interdisciplinarios de ciencias naturales y ciencias sociales.

Su exitosa carrera docente lo lleva a desempeñar los cargos de Director del Departamento de Ciencias Económicas y Sociales y Director subrogante de la Escuela de Agronomía.

A nivel internacional acumula una amplia experiencia en docencia e investigación con la mirada sobre los procesos de desarrollo ambientales.

Su participación destaca en España, México, Brasil, Uruguay, Perú, Venezuela y Argentina, donde en la Universidad de Buenos Aires en la Facultad de Agronomía en 1974 y 1975 fue profesor e investigador para más tarde llegar a ser profesor titular del Centro de Estudios Avanzados de la misma universidad.

También en el ámbito internacional Nicolo Gligo ha desarrollado un sin número de cargos en distintos países y organizaciones, solo por nombrar algunos:

- En los años ochenta fue profesor del Centro Internacional de Formación Ambiental (CIFCA-España)
- Profesor del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES).
- Funcionario internacional de CEPAL entre 1980 y 2000, siendo durante nueve años Coordinador de la Unidad Conjunta CEPAL/PNUMA de Desarrollo y Medio Ambiente.
- Consultor internacional de FAO, OEA, PNUD, PNUMA, CAF e ILACIF.

En la actualidad es profesor y Director del Centro de Análisis de Políticas Públicas del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Actual director de Informe País: Estado del Medio Ambiente en Chile donde viene de publicar un extenso y documentado libro sobre la realidad del medio ambiente de nuestro país.

Parece ser este uno de los temas favoritos de Nicolo Gligo, ha escrito más de 130 publicaciones y ha dado alrededor de 240 conferencias sobre la relación desarrollo-medio ambiente. A este respecto en el ámbito internacional ha recibido numerosas distinciones como: Premio Centro de Acción Latina en Roma y Premio Conservando el Futuro 1985 en Argentina.

Y en Chile en el año 2001 recibe el Premio Nacional de Medio Ambiente.

También lo reconoce el Colegio de Ingenieros Agrónomos con el Premio Alejandro Rojas en 1985, y el año 2009 le otorga el máximo galardón que entrega el Colegio, La Espiga de Oro.

Recibe el año 2008 la Medalla al Mérito Científico y Cultural de la Comunidad Croata de Punta Arenas.

Pertenece como Académico Correspondiente a la Academia Argentina del Medio Ambiente y a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria del mismo país.

Cuando en el año 2008 el Profesor Ruy Barbosa reunió a un grupo de profesionales Ingenieros Agrónomos para crear la Academia Chilena de Ciencias Agronómicas, la persona de Nicolo Gligo Viel fue uno de los primeros de la lista. Hoy puedo contar una confidencia, porque don Ruy ya no está con nosotros. Entre él y yo teníamos una gran amistad y una gran confianza, a pesar de la diferencia de años. Terminada la primera reunión don Ruy me dice: la persona que debe conducir la Academia es Nicolo Gligo, y don Ruy no se equivocó. Todos lo sentimos con un verdadero líder capaz de aunar pensamientos y directrices para continuar la labor creadora de don Ruy Barbosa. Hoy después de haber contribuido en todos los directorios como Vicepresidente Ejecutivo, como Presidente y hoy como Past President, la Academia lo premia y lo distingue como uno de sus mejores.

Pero, parecerían palabras vanas las de destacar solamente los merecimientos de una persona por sus conocimientos y especializaciones acumuladas en el camino de la vida. Sin duda que todo ello es de un

valor muy apreciable, mas pienso que tales atributos, que Nicolo posee en abundancia, quedarían sin brillo si no fuera porque todos ellos están revestidos por su generoso espíritu y su privilegiada calidad humana.

Deseo terminar diciendo respecto a la persona de Nicolo Gligo que junto a todo su acervo cultural hay otro Nicolo, es el hombre deportista, basquetbolista por excelencia que cuando esta a punto de dar la octogésima vuelta al sol practica semanalmente este deporte llevándolo todavía a competencias internacionales representando a nuestro país, que sana envidia.

En el interior de este otro Nicolás esta el artista, el hombre de letras, el escritor de la prosa y la poesía por los cuales ha obtenido menciones honoríficas a nivel internacional. Como si esto fuera poco, es artista en artes gráficas con maravillosas fotografías publicadas en su libro Cielos de mi Tierra (del Fuego).

En otro de sus libros, "Nuestra Tierra del Fuego" del cual Nicolo es editor y coautor junto a otros veinte coterráneos, entre ellos nuestros académicos Francisco Brzovic y Alejandro Violic, hay una poesía de Nicolo titulada **Refugio en el Cordón Baquedano** de la cual me permitiré leer sus estrofas finales, dice:

*Y construí un sitio de paz
entre el viento que desgasta los lomajes
y que rasga sin pausa los alambres.*

*De golpe, el horizonte
me abrió sus cauces mensajeros
y asilado de la nostalgia
fustigando mis creencias
cerré las puertas del olvido
clausuré ventanas aullantes
para no dejar entrar a las angustias.*

*Allá en lo más alto
en los inhóspitos cerros fueguinos
los pájaros fueron mi sola compañía
ellos entendieron mi refugio
en el desamparo de esos páramos.*

Querido Nicolás, tu ya no estás solo, estás con esos pájaros que te dieron compañía, pero estás hoy en tu tierra, con Gloria, con tu familia, con tus amigos magallánicos y con nosotros los académicos que tanto te apreciamos y queremos. Nos sentimos muy felices de darte este Premio Academia 2017 que tanto te mereces.

Felipe de Solminihac I.
Punta Arenas, 5 de Diciembre de 2017.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DE DON NICOLÒ GLIGO

Mis primeras palabras son de agradecimiento. Gracias a mis amigos de la Academia, que en sus albores creyeron en mí, me apoyaron, me corrigieron en mis equivocaciones. Pero también gracias a los que han contribuido con mi trabajo reconocido por este premio. A mi familia, a Gloria, mi esposa, y mis hijos, Nicolò y Paolo y sus familias. A mis hermanos, y sus familias. Gracias a mis queridos amigos, los de la infancia, los de la juventud, los de la universidad, y los que fui sumando en el transcurso de mi vida. No quiero dar nombres para evitar omisiones involuntarias.

Un premio a estas alturas de la vida significa la culminación de un tránsito no exento de tropiezos, errores, éxitos, desaciertos, logros; no exento de combates, triunfos y derrotas, pero sobre todo no exento de vivencias, intensidades vitales, emociones, afectos...

Por ello que este premio para mí es el reconocimiento de este tránsito. Y recibirlo aquí en mi Punta Arenas y en mi región de Magallanes, tiene un significado especial, pues en esta ciudad empezó mi transitar desde 1938 hasta hoy día.

Pero, mi ciudad no son casas, veredas, parque, monumentos, mansiones. Mi ciudad, nuestra ciudad, tiene la magia de traernos el pasado; la magia del encanto de la nostalgia, del regreso para revivir pasajes intensos de nuestras vidas. Esta ciudad y también esta región constituyen el origen de mi tránsito y fueron en mis comienzos mi único mundo; no había nada más allá.

Hace unos días, como tantos otros, bajé por calle Roca y me introduje en el negocio comercial de mi padre; lo vi junto a mi madre en esa esa antigua caja plateada llena de sonidos de campanas. Los vi hablando de sus lejanas familias de Croacia, Trieste, Italia y Argentina. Me reencontré con mis hermanos jugando en ese intrincado patio interior. Tiempos tiernos de niñez, que me marcaron para siempre. Tiempos formadores de superación, trabajo, unión y de solidaridad con las familias lejanas.

Subí lentamente y llegué a calle Fagnano. Allí ya no estaba mi colegio, pues había sido devorado por un feroz incendio. Pero a pesar de ello reconstruí sus corredores, sus salas de clase. Pude poner un trozo de leña y un pedazo de carbón en esa vieja salamandra que trataba de abrigarnos cuando arreciaba el helado viento o cuando nevaba. Pude salir al patio y jugar un partido de básquetbol, practicar fútbol o ping-pong. Canté su himno en silencio y agradecí el haber estudiado en un colegio donde se practicaba la pobreza, donde empecé a entender lo que era democracia, donde éramos todos iguales, donde la única riqueza exhibida era la que nos daba la amistad.

Volví a pasearme por la Plaza de Armas y me reencontré con esos antiguos cipreses. Muchas cosas habían cambiado, pero ellos seguían desafiando al viento, y, aunque habían perdido algunos troncos, continuaban firmes como hace setenta y tantos años atrás cuando los conocí. Ellos también me enseñaron lo que significan las raíces, fuertes, cuanto más arraigada a la tierra, más resistentes. Cuando era niño pensaba que alguna vez morirían, pero aun hoy puedo dialogar con ellos. No han cambiado de lugar; solo han crecido más hacia el cielo; yo he transitado por muchos mundos. Ahora, mucho más que antes, los reconozco como mis hermanos.

Hace algunos días, como muchos otros, vi el mar. Ese mar que al final de la Avda. Colón nos mostraba el sol cuando emergía de la Isla que conjuraba su nombre con el fuego de muchos de sus amaneceres. ¡Cuántas veces navegué en el viejo vapor Porvenir, o en el Minerva y sobre todo en la goleta Gaviota o en algunos cúteres!; ¡cuántos vaivenes debí soportar! Allí seguía el mar, como reflejo de los astros, incólume, renovándose en cada ola. Este mar, este Estrecho, me dio algunas luces de lo que puede ser la eternidad, pues es lo que más se asemeja a ella. Sus olas metódicas, tenaces, capaces de romper y moldear las rocas, me enseñaron la importancia del trabajo persistente y constante, que, aunque imperceptible, va dejando su impronta.

Hace unos días, como muchos otros, llegué a Porvenir y sus alrededores y nuevamente surgieron recuerdos de vivencias que me marcaron en mi vida. Porvenir tiene la calma que invita a soñar y a repasar sus enseñanzas. Allí aprendí lo que significa una comunidad pequeña, bastante aislada, entendí qué es ser isleño con un mar que te segrega.

Al subir por el camino del oro reviví tiempos de arreo, de “tumbas” y trucos en torno a una cocina o a una fogata. Los arreos me enseñaron a no apurar el tranco más de lo debido, pues la prisa irracional solo lleva al desastre. Lo importante no era el tiempo consumido, sino era llegar al destino. Sabía norma traspasada a través de los años que hicieron mi transitar más cauto. Ahora, con el paso del tiempo, me di cuenta que la superación de los obstáculos, los cañadones, los riachuelos, los matorrales, constituían enseñanzas que se grabarían con fuego a lo largo de mi vida. Y otra vez agradecí a esta tierra.

Hace unos días, como muchos otros, fui más al sur de la Isla de Tierra del Fuego. La historia allí es más reciente, pues dimos a partir de 25 años atrás una gran batalla contra poderes económicos, políticos y fácticos que duró 10 años con el objeto de salvar 150.000 hectáreas de bosques. Pero esa batalla no la podría haber coordinado sin haber entendido científicamente como se comportaban esos ecosistemas boscosos, pero principalmente, no la podía haber abordado sin esas imágenes permanentes de los bosques de nuestra tierra, sin la sombra del árbol doblado por el viento, sin la maraña del sotobosque austral, sin el amor por esas catedrales. Diez años de mi tránsito que fueron 10 años de lucha que culminaron, y lo digo con orgullo, triunfante al salvar esos bosques. Para mí ese lapso y sus complejidades me enseñaron que la lucha por el planeta, además de conocimiento y ciencia, necesita entrega, mística y fervor.

Hace unas noches, como muchas otras, al mirar en Magallanes el cielo diáfano, trasparente de la esfera austral, cielo nocturno diferente en su composición estelar de otros menos meridionales, reviví esas frías noches de invierno magallánico cuando observaba el cielo con la esperanza de ver sus estrellas, que para mí era la señal de escarcha, y por ende de poder ir a patinar a la laguna del Pudeto. Al admirar esos cielos, solía interrogarme sobre el titileo de una estrella y me sorprendía pensando que había sucedido años atrás, pero que yo lo percibía en mi presente. Esos cielos nocturnos me inculcaron el desafío de indagar sobre del concepto del tiempo.

Pero además, mi temprana reflexión mirando los cielos magallánicos me sirvió para percibir que el tiempo cronológico, el de la separación de los acontecimientos, medidos con lapsos repetibles e inmutables, no era mi tiempo. Mi tiempo preferido se definía como el que rompe la rutina, el trasgresor que apresa los afectos, el que se amplía cuando hay desgarros en el alma. Aprendí mirando al cielo a tratar de superar el tiempo cronológico como única forma de estirar sus pliegues y me di cuenta que la dimensión del amor, de la ternura, y del afecto podían vencer el inexorable tic-tac de la rutina.

Magallanes ha sido un laboratorio de enseñanzas principalmente por sus difíciles condiciones. Me recuerdo que cuando era niño una tarde en Estancia María Eugenia, protegido del viento por unas matas, observé el entorno de ellas y su micromundo lleno de la activa vida que se desarrollaba a sus alrededores. Me sorprendí captando la función del calafate como refugio de fauna; percibí el rol de los trabajólicos escarabajos como descomponedores de excrementos; y vi la forma de diseminación de semillas por parte de los caiques, etc. Posteriormente, y sobre esos conocimientos, germinó en mí la idea de la necesidad de conocer a fondos lo que tenemos para aprender de sus

comportamientos. Lección elemental para poder después pedir a la ciencia conocimiento profundo sobre nuestros bienes naturales.

Hace uno días, como tantos otros pasados, me enfrenté a un paisaje estepario abierto, misterioso y fascinante. Un lago de luz crepuscular, donde mis sombras se fueron alargando para perderse en el infinito. Sombras inquietas posadas en un mar de doradas gramíneas con olas formadas por el viento. Reviví mis encuentros con los últimos rayos de sol proyectados al universo. Ese paisaje áureo, que palpé en innumerables veces, siempre me llevó a reflexionar e interrogarme sobre el concepto de la belleza y me llevó a amar el arte en todas sus formas pero principalmente a través de la poesía, y de la fotografía.

Ello me hizo reflexionar sobre las ciencias, el arte y en especial la poesía. Ciencia y poesía son similares. Ambas tienen un componente de intuición, de cognición, de atención, y también de emoción. Ambas saltan al vacío rompiendo las reglas para llegar a algún hallazgo. En el fondo, ambas son formas de interrogar al mundo.

La ciencia tiende a la superación, y la poesía es una forma eminente de la superación del yo. La poesía desafía a la ciencia pues hace brotar las flores cuando lo desea y la viste de belleza. La poesía que cultivé en mi vida, en la medida que el mundo se hacía más economicista, y que la automatización arrasaba, me retornaba a la ideología del propio espíritu. Sabía que con la poesía podía vestir de hojas a las lenguas en pleno invierno, y eso, aunque ilusorio, me hizo volar la imaginación hacia soluciones y alternativas que ya científicamente no son tan impensadas.

Esta exposición de sentimientos, sensaciones y recuerdos, de enseñanzas vitales que se anclan en el terruño podría aparecer incoherente en una premiación de una academia de ciencias. Pero somos sólo circunstancias y también solo somos sentimientos. Si hoy me dan un premio, se debe a la circunstancia de haber vivido mi niñez y juventud aquí, y al sentimiento que acumulé de amistad y cariño en esta sociedad magallánica. Nada hubiera sido igual sin esos cimientos que fueron la base de mis posteriores vivencias.

Lo que yo he expuesto aquí es para transmitirles que se le está entregando un premio no solo a un académico, sino a una persona en permanente búsqueda de un enfoque integral de la vida; y que le ha tratado dar a la ciencia, en especial a la agronómica, fines y métodos que contribuyan al bienestar humano, rol que, más que nunca, corresponde definir en las complejidades que nos exige la era actual.

De nuevo, muchas gracias.

Volver